

LIBROS

SHEPARD B. CLOUGH, *The Rise and Fall of Civilization*, Nueva York: Columbia University Press, 1957.

Luego de una prolongada preocupación por los problemas de la **distribución** de la riqueza, de la estabilidad económica y de las **interrelaciones** entre estas situaciones y los sistemas éticos, políticos, legales y **sociales**, la atención de los estudiosos ha vuelto a concentrarse en el **estudio** del desarrollo económico y sus múltiples relaciones. Los años que **siguieron** la primera guerra mundial fueron años de depresión —una **corta depresión** en 1921 y luego la gran depresión de 1929—. Los años que **siguieron** la segunda guerra mundial han sido años de abundancia, de **progreso** económico sin aparente límite. En aquella época los **estudiosos** se dedicaron al estudio del ciclo económico, de la **distribución**, o **mejor**, de la concentración, de la riqueza y sus efectos sobre otros **aspectos** de la vida colectiva; fueron estudios sobre la injusticia y la **inestabilidad** económica. En esta segunda postguerra del siglo veinte los **estudiosos** han vuelto su atención a la investigación de las condiciones que **acompañan** la creación de la riqueza de una comunidad.

Y lo propio es decir han vuelto, pues esta fue la preocupación **central** de los primeros economistas del siglo XVIII; ciertamente fue **considerado** por Smith el tema central de su libro *La Riqueza de las Naciones*. Es con David Ricardo que se abandona el estudio de los factores que **determinan** el crecimiento económico, por ser dicho estudio de **poco** valor científico. Todos los grandes pensadores económicos que **le siguieron**, con la notable excepción de J. A. Schumpeter, se dedicaron **al estudio** de la economía estática, ya sea analizando las relaciones **pertinentes** a la determinación de la renta nacional, la macroeconomía de **nuestros** días, cuya vitalidad la debemos al genio creador de J. M. Keynes enfocando en lo que, por contraste y a modo de motete, se **conoce** por microeconomía, esto es, el estudio de los precios. Ambos **enfoques** son estáticos y descuidan, a sabiendas, los problemas que **plantea** la dinámica del cambio económico. Con la segunda postguerra de **este** siglo vino un intenso interés en las áreas no desarrolladas, **primero** utilizando los antropólogos, cuyo objeto especial de estudio, la

sociedad primitiva, los habilitaba para esclarecer la problemática de estas áreas y luego los economistas, pues hubo acuerdo entre la mayoría de los estudiosos que la política sabia a seguir tenía que, por fuerza, estimular el desarrollo económico de esas áreas.

Es, pues, claro que el libro del profesor Clough que ahora nos ocupa, está a tono con la temática analítica de su tiempo. El profesor Clough no es economista; su libro no pretende y, por lo tanto, no logra desarrollar una tesis sobre el desarrollo económico. Su pretensión es investigar la relación entre niveles de actividad económica y niveles de civilización. En esta tarea todavía más ambiciosa y difícil queda descartada la economía por no tener equipo conceptual y analítico apropiado. El libro no es uno de economía, ni de historia económica; es una historia general de la cultura occidental y de aquellas culturas germanas que influyeron en su formación. Cubre 5,000 años de historia humana, de la Edad de Bronce hasta 1950, el año anterior a la fecha en que originalmente se publicó el libro.

Aunque la obra del profesor Clough tiene más carácter general de lo que sería deseable en un riguroso estudio de su tesis, no debe por eso entenderse que su obra cubre detalladamente las culturas incluidas. En las 263 páginas de la obra sólo pudo el autor anotar con fines de ilustrar su tesis, aquellos fenómenos históricos que tienden a corroborarla. Los siete capítulos del trabajo tienen un orden cronológico, con excepción del primero que, a manera de prólogo, discute el propósito y razón de ser del libro. Se dedica un capítulo completo a las culturas que comienzan en la Época de Bronce, los egeos, mesopotamia, los persas y otros pueblos similares haciendo especial énfasis en la cultura egipcia. Le sigue un extenso capítulo sobre Grecia, otro sobre Roma y los dos finales sobre la cultura occidental. Lo breve del trabajo y lo extenso del período histórico cubierto imponen al profesor Clough restricciones tan formidables al desarrollar su tesis, que cada lector encontrará lagunas imperdonables a su parecer y, por otro lado, descripciones exageradamente detalladas que, en vez de sostener la proposición principal del autor, la oscurecen.

Más de la mitad del libro, cerca de dos terceras partes, cubre el período entre el año 2700 A. C. y la caída de Roma. De este material sólo es útil una pequeña porción —aquella cuyos datos permitan legítimamente utilizar nuestro esquema conceptual, si va a tener seriedad el subtítulo del libro de que se intenta ser una investigación en la relación entre el desarrollo económico y la civilización. La definición de desarrollo económico que se usa en el libro es apropiada y útil. Se entiende por desarrollo económico el aumento en la cantidad de artículos y servicios per cápita producidos por una sociedad. Este concepto es muy conveniente para organizar nuestra experiencia y nuestro pensamiento

en problemas de dinámica económica. Como todo concepto útil se abusa su aplicación y su manipulación cuando no se reconoce sus limitaciones. Medir la cantidad de artículos y servicios de una sociedad es tarea difícil aún cuando se trate de una sociedad contemporánea. La tarea del historiador en este respecto es aún más difícil. Es imposible cuando tratamos de culturas cuyos récords son por fuerza, tan escasos como las culturas de la Época de Bronce. El intento del profesor Clough de cubrir todo el ámbito histórico para probar su tesis, aunque encomiable, por tratar de someter toda la realidad histórica pertinente a la cultura occidental a su esquema analítico, tratando de lograr así una gran síntesis limita grandemente su rigor analítico. El libro tendría más fuerza, y mayor validez, si no se incluyera tanto material sobre estas culturas.

Se pueden dar varios ejemplos del efecto negativo que produce en el lector este desbalance, desde el punto de vista analítico, entre la atención dada a culturas para las cuales no tenemos evidencia y datos y aquellos períodos dentro de nuestra cultura que pueden brindar más luz sobre este asunto. En el tercer capítulo hay una discusión detallada de la historia egipcia comenzando con la primera dinastía en el 3,200 A. C. hasta la conquista romana en el año 30 A. C. La mayor parte de este material correlaciona más con la hipótesis de que la cultura progresa cuando hay un gobierno fuerte y estable que con la hipótesis que defiende el autor de relación entre progreso cultural y progreso económico. Con los griegos la discusión cobró más solidez y, en efecto, logra una significativa coincidencia entre el ciclo de creación civilizadora y el ciclo de expansión económica. Pero aún aquí el lector se cuestiona la significación, en términos de la tesis del autor, de una discusión detallada del rapto de la inigualablemente bella Helena. A todos nos interesa la lectura de estos detalles de tanto colorido. Sin embargo, cuando nos tropezamos con que el autor apenas discute el florecimiento comercial español y el Siglo de Oro que le acompaña, la experiencia rusa en el siglo pasado, las revoluciones francesa, rusa y americana y tantos otros fenómenos de verdadera trascendencia para los pueblos occidentales en su lucha por crear nuevas formas de inteligencia social, política, cultural y científica, nos parece un exagerado énfasis en el detalle de estas culturas el incluir una descripción de las hostilidades que siguieron el rapto de tan bella dama.

Hay que reconocer, a pesar de estas líneas críticas, que el autor nunca podría escapar el ineludible dilema de la selección y que posiblemente en tan breve trabajo nunca podría satisfacer sus lectores. Por lo tanto, y desde este particular punto de vista, el trabajo del profesor Clough es una aportación valiosa a la literatura de lo que podríamos llamar la grande historia en su preocupación por encontrar proposicio-

nes, como la que adelanté en este libro, que ayuda a traer claridad a los problemas de las grandes unidades de la historia, las culturas, las civilizaciones y las sociedades. De estos tres, el concepto más concreto para Clough es el de sociedad o pueblo, personas viviendo en interacción unos con los otros en relaciones complejas. La cultura es el cuerpo de conocimientos transmisible, cuyas partes fundamentales deben ser de tal naturaleza homogénea que puedan afectar la conducta de un gran número de personas. Las grandes culturas rebasan las sociedades donde germinan convirtiéndose así en patrimonio de más de una sociedad. Su concepto de civilización, como su concepto de desarrollo económico, es claro y de una gran utilidad analítica. La civilización es para el profesor Clough sólo aquella actividad de una sociedad y su cultura que logra un efectivo desdoblamiento creador aumentando simultáneamente el dominio de los elementos estéticos e intelectuales por parte del hombre, a la vez que se consigue este dominio del ambiente social y físico. Expresando su concepto en otros términos de civilización, consiste en actividad creadora de más posibilidades.

El problema del efecto de la ideología sobre el desarrollo económico no recibe gran atención y estudio. Entre las controversias famosas de la ciencia social de principios de siglo en Europa es preciso mencionar la controversia sobre la influencia de los factores económicos en la ideología de una sociedad y viceversa, que ilustran utilizando el protestantismo los libros del sociólogo alemán Max Weber y del historiador inglés R. H. Tawney. El autor no entra en un análisis de si los factores económicos son más importantes que los elementos ideológicos en el desarrollo de una sociedad. Reconoce el papel clave de la ideología en el proceso de desarrollo económico primero y civilizador luego. Evita, pues, la encerrona conceptual que constituye darle hegemonía a un solo factor sobre otro. Su crítica a Toynbee, Spengler y otros radica precisamente en este empeño de reducir el proceso histórico a un esquema conceptual demasiado estrecho donde no se le da importancia suficiente al efecto que tiene la creación de un "surplus" económico sobre la civilización.

Aunque el libro no elabora una teoría de desarrollo económico completa y rigurosa, hace uso de varias nociones en este orden que merecen algún comentario. En primer lugar, siendo consistente con su aversión a estructuras teóricas monolíticas, se va a otro extremo y hace al desarrollo económico una función de seis variables o factores. Éstos son, en el orden que los menciona el autor, los recursos naturales, la tecnología y las técnicas de producción, el trabajo, el capital, el liderato comercial y las instituciones económicas y la demanda por artículos y servicios. Analíticamente ésta es una lista de variables que no permite

una manipulación inteligente y lógica. Pero más perjudicial a la validez de la estructura teórica que sostiene su análisis, es su tendencia a hacer una distinción tajante entre gastos de inversión de una sociedad en actividades productivas y aquellos gastos en actividades no productivas pero civilizadoras.

Toda la tesis del autor descansa en la proposición de que gastos civilizadores, pero no productivos llevan finalmente a la sociedad a un eventual decaimiento. Cita como ejemplo las famosas pirámides egipcias, cuya construcción, según el autor, ayudó a la eventual destrucción de la civilización egipcia al desviar para fines ornamentales y rituales recursos productivos.

En este caso el autor está siendo esclavo de una concepción económica muy estrecha e inadecuada para explicar estos fenómenos. Si uno toma un período de tiempo suficientemente largo y una unidad social suficientemente amplia como lo hace el autor, la aplicabilidad de nuestros conceptos se dificulta. ¿Cómo podemos decir que es más improductivo la creación de una pirámide o un templo en una cultura como la egipcia, comparado con el gasto que en otras culturas produce la necesidad de múltiples colores y estilos en los artículos de consumo o las tradiciones arquitectónicas que exigen un mayor uso de materiales o mano de obra? No es posible tal comparación con el esquema conceptual que usa el autor. Pero más aún, asumiendo que sí se puede usar tal esquema, la conclusión que se sugiere sería otra.

Quizás conviene ponderar las palabras de John Maynard Keynes en su libro *The General Theory of Employment, Interest and Money*.

"Ancient Egypt was doubly fortunate, and doubtless owed to this its fabled wealth, in that it possessed two activities, namely, pyramid-building as well as the search for the precious metals, the fruits of which, since they could not serve the needs of man by being consumed, did not stale with abundance. The Middle Ages built cathedrals and sang dirges. Two pyramids, two masses for the dead, are twice as good as one; but not so two railways from London to York. Thus we are so sensible, have schooled ourselves to so close a semblance of prudent financiers, taking careful thought before we add to the "financial" burdens of posterity by building them houses to live in, that we have no such easy escape from the sufferings of unemployment. We have to accept them as an inevitable result of applying to the conduct of the State the maxims which are best calculated to "enrich" an individual by enabling him to pile up claims to enjoyment which he does not intend to exercise at any definite time."

HÉCTOR ÁLVAREZ SILVA,
Universidad de Puerto Rico.